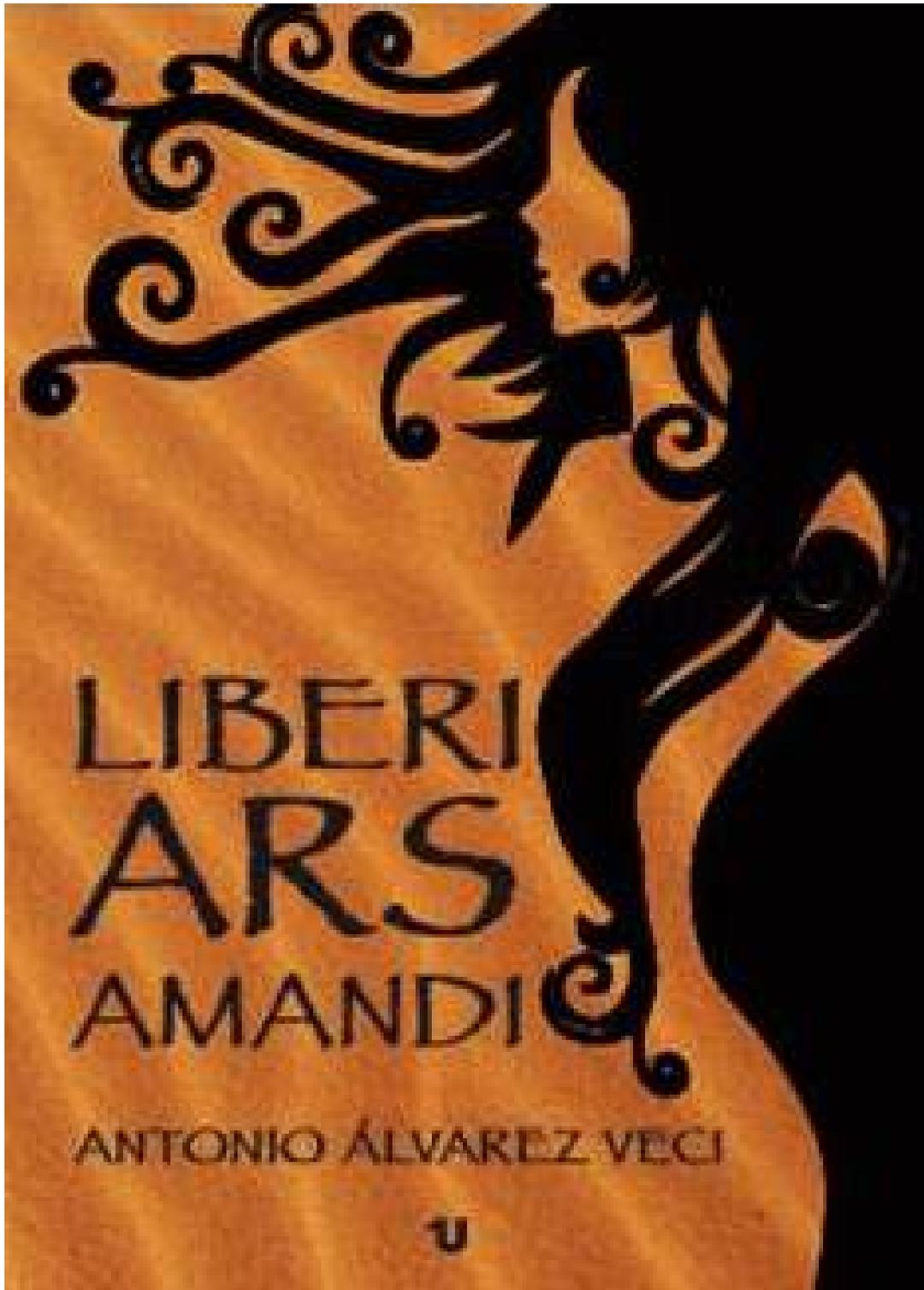


LIBERI ARS AMANDI. Capítulo 6: Rvbicón

Antonio Álvarez-Veci



Capítulo 1



Capítulo 6

RVBICÓN

“Se levantó luego el varón para irse, con su mujer, su concubina, y su criado. Entonces su suegro, el padre de la joven, le dijo: He aquí que el día declina para anochecer, te ruego que paséis aquí la noche; he aquí que el día se acaba, ten aquí la noche, para que se alegre tu corazón; y mañana os levantaréis temprano a vuestro camino, y llegarás a tus tiendas”.

(Basado en Jueces 19:9)

En las últimas semanas entraron varias veces en la página web. Era estimulante siempre, pero en un par de ocasiones habían coincidido con...

iuna chica de su zona! Una mujer joven y, por lo poco que se veía en sus escasas y discretísimas fotos, muy atractiva.

Aquello disparó la imaginación de ambos:

—No soy lesbiana, pero... no me importaría probar con otra chica —había dicho Eva en un par de ocasiones—. Y además, me encantaría comprobar si me excitaría el hecho de verte con otra. Aunque... ¡lo mismo me enajeno y la arrastro de los pelos! Ja, ja, ja...

El tema había sido recurrente en los últimos días. Darío expresaba que él no necesitaba estar con ninguna otra mujer, que estaba feliz y encantado con ella, pero que, evidentemente, era una experiencia que muy pocos hombres despreciarían. También era cierto, y esta parte no la verbalizaba, que para él siempre había sido primordial que sus parejas sexuales estuvieran más que satisfechas y, con dos al tiempo, no sabía si aquello iba a ser posible, si la excitación del momento le haría quedar mal o si, al ser todo tan nuevo, la cosa resultaría muy forzada y extraña.

Eva había sido más clara. Le apetecía probar aunque necesitaba la tranquilidad de saber que, si no se sentía cómoda en algún momento, podría pararlo sin problemas. Y había unas cuantas cosas que la inquietaban: no saber cómo se sentiría al besarse y tocarse con otra mujer, no saber si le daría asco o reparo un coño que no fuera el suyo, ver cómo respondería Darío, o cómo reaccionaría ella al verle tocando a otra mujer... Quizás, en el fondo, lo que más la preocupaba era la posibilidad, a todas luces remota pero real, de perder la exclusividad sobre su chico, de que, si algún día ocurría un encuentro así, no fuera algo puntual, no fuera solo sexo, y que pudieran verse mezclados otros sentimientos y atracciones.

Quizás por eso en los últimos días habían tratado tanto del tema al fantasear con ese tipo de deseos y con la posibilidad de llevarlo a cabo, y, la verdad, aquello les había venido de perlas: hablaron de su relación, de los sentimientos mutuos, de su compromiso, de sus expectativas de futuro, de sus sueños, de los problemas y dificultades que podrían encontrar como pareja y de cómo afrontarlos. La conclusión fue sencilla: ocurriera lo que ocurriera en sus vidas, lo enfrentarían juntos y, si en algún momento él flaqueaba, lo hacía ella, o lo hacían ambos, tirarían de compromiso, recordándose el uno al otro sus sueños, sus ilusiones, y la tremenda capacidad de ser felices que unidos, en equipo, eran capaces de generar.

.

Aún no sabían muy bien cómo, pero una noche de viernes se vieron entrando en uno de sus bares preferidos de la ciudad en busca de una mujer alta, normal, con un físico agradable y, de nombre, Sara.

Curiosamente aquel local se llamaba Rvbicón. No lo apreciaron entonces, pero quizás, y solo quizás, aquel nombre fue tan premonitorio como el chocolate que compartieron en su primer día.

Darío notaba cómo a Eva le temblaba levemente la voz, Sara estaba visiblemente nerviosa también y él... por supuesto, así que optó por proponer chupitos para todos. Aquel bar tenía el mejor orujo con miel que debía de existir en el mundo y, aunque en inicio las chicas protestaron, enseguida se dejaron convencer de que tres chupitos en fila para cada uno iban a conseguir que la conversación fluyera tan bien como por el chat y, de paso, les ayudarían a descubrir que no era que aquella bebida no les gustará, sino que no habían probado buen orujo nunca antes. Y así, entre bromas, comparando el segundo argumento con el sexo anal, cayeron los nueve chupitos en cuestión de minutos.

—Y... ¿se puede saber por qué andas tú en esa página? —preguntó Eva.

—Pues..., no lo tengo muy claro, ja, ja, ja... —contestó Sara—. Supongo que el sexo me gusta más de lo normal, aunque... os mentí —añadió sacando la lengua—, nunca he quedado con nadie ahí y... jamás he estado con otra chica..., ni con otra pareja.

Los ojos de Eva y de Darío se abrieron de par en par, pero los tres rompieron a reír al tiempo.

—Yo no creo que a nadie le guste el sexo más de lo normal —dijo Darío—, supongo que la mayoría de la gente tiene demasiados tabúes, demasiados prejuicios..., y más en una ciudad como la nuestra, en la que el qué dirán y las apariencias condicionan casi todo. "Hay que ser como Dios manda", ja, ja, ja...

—Pues no sé qué manda Dios —respondió Sara—, pero a mí me ha dado un clítoris precioso por el cual le estoy muy agradecida, ja, ja, ja.

Los chupitos siguieron cayendo y el alcohol empezó a hacer una notable mella. La distancia en la conversación se redujo mucho, los brazos se empezaron a entrelazar para beber, la propuesta de descubrir a qué sabía el orujo en labios de los otros fue secundada con entusiasmo, y las manos empezaron a moverse de rodilla a rodilla, de muslo a muslo, de cintura a cintura...

No eran conscientes, pero en ese momento, media parroquia del bar los envidiaba y la otra media miraba con gesto reprobatorio y un inequívoco fondo de curiosidad en sus ojos.

.

Sentir los labios de otra mujer en su boca al tiempo que notaba los de Darío en su nuca... la estaba haciendo enloquecer. Estaba segura de que los dedos de su chico recorrían partes del cuerpo de Sara, y que esta tenía una mano acariciándola a ella y la otra tocándolo a él.

Hacía un rato que habían llegado a casa y, sin encender las luces, habían comenzado a besarse, a acariciarse, a abrazarse... La sensación de las tres lenguas unidas, jugando entre sí, había sido más que excitante, pero estaba deseando notar el cuerpo de su chico, el de Sara y el suyo totalmente desnudos, piel con piel, y anhelaba, como luego ocurriría, disfrutar de cada detalle de la experiencia, de cada momento, cada roce, cada sabor, cada aroma...

Era de día, pero aún estaba en la cama. Al abrir los ojos se encontró con la cara de Sara dormida plácidamente a su lado y, más allá, Darío emitía leves ronquidos que evidenciaban la profundidad de su sueño. Los miró casi con cariño, pero acto seguido, una punzada de culpabilidad mezclada con miedo la asaltó. "Se nos va la pinza mucho", pensó Eva.

No podía discernir si aquello había sido correcto o si los conduciría a algo positivo. Su educación le decía que no, que así no se hacían las cosas, que así no se vivía..., pero, por otro lado, no había hecho daño a nadie y tampoco sentía habérselo hecho a sí misma. Tenía clarísimo que quería a aquel hombre y que él la amaba a ella. Aunque lo que acababa de ocurrir transgrediera muchos de los esquemas sobre los que había fundamentado su vida, su moral y su ética. ¿Sería que no quería lo suficiente a Darío?, ¿algo fallaba en su cabeza y tenía una libido desatada?, ¿quizás no se complacían en la cama e inconscientemente buscaban más?, ¿o tal vez se complacían tanto que se sentían libres y respaldados para explorar? Demasiado que pensar, que asimilar y que hablar. Tampoco sabía si contarle todo a su psicóloga, si comentarle las dudas que tenía, o si estas experiencias y reflexiones serían significativas de cara a lo que estaban trabajando. La verdad es que la estaba ayudando, se notaba más sosegada y esta tranquilidad cada vez era más constante, espaciando poco a poco los periodos de ansiedad y malestar.

Su chico le había dejado entrever en un par de ocasiones que quizás la terapeuta estaba demorando los avances en favor de cobrar más sesiones. No negaba la evidencia de la mejora en ella, pero desconfiaba de su lentitud y, como solía decir, ya había visto en el pasado a psicólogos que priorizaban el peculio sobre el bienestar de sus pacientes. Por lo que había leído e investigado, ayudar a alguien en la gestión de sus duelos podía llevar tiempo en algunos casos, pero lo normal es que fuera algo relativamente fácil de trabajar y muy agradecido en cuanto a resultados. Por otro lado sabía que Darío se extrañaba de que en las sesiones a veces diera la impresión de que la profesional se empeñaba en plantear como

problemáticas cuestiones que eran cotidianas, comunes a todo el mundo y que jamás requerían de ningún tipo de ayuda o apoyo sino del transcurrir normal de la vida y el tiempo. Eva también había tenido esa sensación. Quizás su chico tuviera razón, pero ella se había vinculado con aquella psicóloga y por nada del mundo le apetecía continuar el proceso con otra persona o verse obligada a remover aspectos aún no revelados.

***LIBERI ARS AMANDI*, Antonio Álvarez Veci**

Para saber más de esta novela: **www.liberiarsamandi.com**